

sombra misteriosa de los solitarios senderos. En el fondo de los jardines se levanta un pequeño palacio de mármol, de modesta apariencia, que encierra todas las maravillas de la más magnífica residencia real, y donde se respira todavía la atmósfera íntima de la vida de los reyes de España. Allí se encuentran los gabinetes secretos, cuyo cielo-raso se toca con las manos, la sala de billar de Carlos IV, los almohadones bordados por manos de las reinas, los relojes con música que alegran la ociosidad de los niños, las angostas escaleras, las estrechas ventanas que guardan cien tradiciones de los caprichos de los príncipes, y en fin, el más rico retrete de Europa, debido á un capricho de Carlos IV, y que encierra por sí solo riqueza bastante para edificar otro palacio, sin que perdiera la noble primicia de que está orgulloso por encima de todos los gabinetes destinados al mismo uso. Más allá de este palacio, y rodeados de bosques, se encuentran viñedos, olivares, plantaciones de árboles frutales y alegres praderas. Es un verdadero oasis rodeado de un desierto, que Felipe II escogió un día de buen humor para dulcificar con una imagen alegre la negra melancolía del Escorial. Al volver del palacio de mármol al palacio grande, por esas largas sendas, á la sombra de esos árboles grandiosos, en esa profunda paz del bosque, pensando en los espléndidos cortejos de damas y caballeros que en otros tiempos siguieron el paso de jóvenes y alegres monarcas y de reinas caprichosas y sin freno, arrullados por los cantos de amor y los himnos que celebraban la grandeza y la gloria de España invencible, y repetía melancólicamente con el poeta de Recanati:

«...Todo es paz y silencio.  
Ya de ellos no habla nadie...»

Y mirando á los bancos de mármol medio escondidos bajo el ramaje, ó siguiendo con los ojos algunos senderos que se pierden en lontananza

pensando en aquellas reinas, en aquellos amores, en aquellas locuras, no pude contener un suspiro, que no era por cierto un suspiro de piedad, y cierta amargura se apoderó de mi corazón. Me preguntaba como el pobre Adán, en el poema «El diablo mundo»:—«¿Cómo son hechas esas damas?—¿Cómo viven?—¿Qué hacen?—¿Hablan, aman, juegan acaso como nosotros?» Y salí para Toledo, soñando en el amor de una reina, como un joven aventurero de las «Mil y una noches».

## VII

## TOLEDO

Cuando nos acercamos á una población desconocida, necesitaríamos tener junto á sí alguien que la hubiese visto y que pudiera advertirle en el momento oportuno, para que se asomara á la ventanilla y abarcara todo el aspecto de la población con una sola mirada. Un viajero me dijo:—«Ahí tiene usted á Toledo».—Saqué la cabeza por la ventanilla, y lancé un grito de admiración. Toledo se halla construída sobre una altura de rocas escarpadas, al pie de la cual corre el Tajo describiendo una ancha curva. Desde abajo sólo se ven rocas y más rocas y muros de fortaleza, sobre los muros las cimas de los campanarios de las torres. Las casas quedan ocultas; la ciudad os parece cerrada é inaccesible, y más bien presenta el aspecto de una ciudadela abandonada, que el de una ciudad habitable. Desde las murallas á la orilla del río no hay una casa, ni un árbol; todo es desnudo, seco, abrupto, escarpado; no se ve alma viviente; diríase que para subir será necesario escalar, é imagináis que en cuanto parezca un hombre al pie de aquella rápida pendiente, lloverá sobre él, desde lo alto de las mu-

rallas, una tempestad de flechas. Bajáis del tren, tomáis un coche y llegáis á la entrada de un puente. Es el famoso puente de Alcántara, sobre el Tajo, con una hermosa puerta árabe en forma de torre, que le da un aspecto severo. Pasado el puente, os encontráis en una larga senda, que sube serpenteando hasta lo alto de la montaña. Aquí, os parece realmente que os encontráis en una plaza fuerte de la Edad Media y que vais vestidos con el traje de un árabe ó de un godo, ó de un soldado de Alfonso VI.

De todos lados penden por encima de vuestras cabezas, rocas escarpadas, muros derruidos, torres, ruinas de viejos baluartes; y más arriba la última muralla que ciñe la ciudad, negra, coronada de enormes almenas, abierta por distintas brechas y por entre las cuales se ven las casas prisioneras. A medida que subís, os parece que la ciudad se esconde y estrecha. A la mitad de la cuesta, encontráis la «Puerta del Sol», una joya de la arquitectura árabe, compuesta de dos torres almenadas, que se unen sobre una graciosa puerta de doble arco, por la cual pasa la calle antigua; y desde allí, si volvéis la cabeza, veis hacia abajo el Tajo, la llanura y las colinas. Seguíis adelante y encontráis otras murallas y ruinas, y por fin las primeras casas de la ciudad.

Pero ¡qué ciudad! En el primer instante me sentí faltar el aliento. El coche había entrado por una calle tan estrecha, que los cubos de las ruedas casi tocaban las paredes de las casas.

—¿Por qué pasáis por aquí?—le pregunté al cochero.

Este se echó á reír y dijo:

—Porque no hay otra calle más ancha que ésta.

—¿Cómo! ¿Toda Toledo es así?

—Ni más ni menos—respondióme.

—¡Pero es imposible!

—Ya lo verá usted, señor.

A la verdad, yo no lo creía.

Entré en una fonda, dejé mi equipaje en el cuarto y bajé corriendo la escalera, porque deseaba

con ansia ver aquella ciudad tan singular. Al llegar á la puerta, un mozo de la fonda me detuvo y me preguntó sonriendo:

—¿A dónde va usted, «caballero»?

—A ver Toledo—le respondí.

—¿Solo?

—Solo: ¿qué tiene de particular?

—¿Ha estado usted en Toledo otras veces?

—Nunca.

—Entonces no puede usted salir solo.

—¿Y por qué, vamos á ver?

—Porque se perderá usted.

—¿Dónde?

—Apenas salga de casa.

—¿Y por qué razón?

—La razón la tiene usted aquí.

Y me enseñó un plano de Toledo que en la pared colgaba. Me acerqué á mirarlo y ví una confusión de líneas blancas sobre un fondo negro, que tenía el aspecto de uno de esos garabatos que los muchachos de las escuelas dibujan sobre el encerado para consumir el yeso, haciendo rabiar al profesor.

—No importa—contesté,—quiero ir solo. Si me pierdo, alguien me encontrará.

—No andará usted cien pasos sin perderse—dijo el mozo.

Salí y tomé la primera calle, tan reducida y estrecha, que al extender los brazos tocaba las paredes. A los cincuenta pasos me encontré otra calle más estrecha que la primera; de ésta pasé á una tercera y así sucesivamente.

Me parecía que iba andando, no por las calles de una ciudad, sino por los corredores de una casa, y caminaba siempre con la idea de salir á un lugar abierto.

—Es imposible—pensé yo,—que toda la ciudad sea así, porque de serlo, sería inhabitable. Pero á medida que caminaba, me parecía que las calles se iban haciendo más estrechas y cortas; á cada instante doblaba una esquina; después de una calle torcida venía otra en zig-zag, después de ésta

otra en forma de gancho, que me conducía á la primera, y así daba vueltas por un buen rato, en torno siempre de las mismas casas. De vez en cuando salía á una enercujada, donde se cruzaban varias sendas en opuesto sentido; una se perdía en lo profundo de un pórtico, otra terminaba á los pocos pasos en las paredes de una casa; otra descendía rápidamente como para ir á perderse en las entrañas de la tierra; otra subía por una escarpada pendiente; algunas eran tan estrechas que sólo podía pasar un hombre de frente por ellas; otras encerradas entre paredes sin puertas ni ventanas; todas limitadas por edificios tan altos, que apenas dejan traslucir por entre los tejados un pedazo de cielo; raras ventanas guarnecidas de gruesas barras de hierro, grandes puertas adornadas con enormes clavos y patios oscuros y estrechos.

Anduve mucho tiempo sin encontrar á nadie: llegué por fin á una de las calles principales; tenía tiendas y estaba llena de hombres, mujeres y niños, pero no era tan ancha como un corredor ordinario. Todo está allí en proporción con la calle: las puertas parecen ventanas, las tiendas tienen el aspecto de nichos, y desde fuera se ven todos los puntos secretos de la casa: la mesa puesta, los niños en sus cunas, la madre que se peina, el padre que se muda la camisa, todo da á la calle; nadie se figuraría estar en una ciudad, sino en una casa habitada por una sola y numerosa familia.

Tomé otra calle menos frecuentada: no se oía en ella ni el volar de una mosca y retumbaban mis pasos hasta el cuarto piso de las casas. Las viejas, me miraban, escondiéndose tras de las ventanas. Pasó un caballo y se hubiera creído que era un escuadrón: todo el mundo, salió á ver lo que era aquello. El más ligero rumor resuena por todos lados; un libro que cae en un cuarto del segundo piso, un viejo que tose en un patio, una mujer que se suena no se sabe dónde, todo se oye. En algunos puntos todo cesa de repente: os en-

contráis completamente solo, sin vestigio de vida. Son casas de hechiceros ó brujas, enercujadas para una conspiración, callejuelas para una traición, antros para crímenes, ventanas hechas para conversaciones de amantes criminales, puertas siniestras que hacen sospechar escaleras manchadas de sangre.

Pero en este laberinto de calles no hay dos que se parezcan. Cada una de ellas tiene un algo particular: aquí un arco, allá una columna, más lejos una escultura. Toledo es un emporio de tesoros de arte: por poco que se escarben las paredes, se descubren en todas partes recuerdos de todos los siglos: bajo-relieves arabescos, ventanas moriscas, estatuas.

Los palacios tienen las puertas adornadas con placas de metal cincelado, llamadores históricos, clavos con la cabeza de labor finísima, escudos, emblemas, y forman un contraste chocante con las casas modernas, llenas de medallones, guirnaldas, amores, urnas y animales fantásticos. Pero estos adornos no perjudican al aspecto severo de Toledo.

Por donde quiera que volváis los ojos, veréis algo que os recordará la ciudad fuerte de los árabes. Por poco que se afane vuestra imaginación, podréis reconstruir todo el conjunto de aquel borroso cuadro, y entonces la ilusión será completa: veréis la gran Toledo de la Edad Media, y olvidaréis la soledad y el silencio de sus calles. Pero será una ilusión de pocos instantes, pasada la cual caeréis en una triste meditación y no veréis más que el esqueleto de la ciudad antigua, la necrópolis de tres imperios, el gran sepulcro de la gloria de tres pueblos.

Toledo os recuerda vuestros sueños de la juventud después de haber leído las románticas aventuras de la Edad Media. Habréis visto muchas veces en vuestros sueños ciudades oscuras rodeadas de fosos profundos, de altas murallas, de peñascos inaccesibles; habréis pasado por cien puentes levadizos; os habréis perdido por las ca-

lles de la ciudad, tortuosas y llenas de hierba, y habréis respirado ese aire húmedo de cárcel y tumba. Pues bien: habéis soñado con Toledo.

Lo primero digno de verse, después del aspecto general de la ciudad, es la catedral, considerada muy justamente como una de las más bellas del mundo. La historia de esta catedral, según la tradición popular, se remonta á los tiempos del apóstol Santiago, primer obispo de Toledo, que señaló el sitio dónde debía erigirse; pero la construcción del edificio, tal cual la admiramos ahora, empezó en 1227, bajo el reinado de San Fernando, y terminó después de doscientos cincuenta años de un trabajo casi continuo.

El exterior de esta inmensa iglesia ni es tan rico ni tan bello como el de la catedral de Burgos.

Frente á la fachada se extiende una pequeña plaza. y es el solo punto desde el cual puede abarcarse con la mirada una buena parte del edificio. Lo rodea una calle estrecha; aun levantando la cabeza no puede verse desde ella más que el alto muro que ciñe la iglesia como una fortaleza. La fachada tiene tres grandes puertas, llamada la primera del «Perdón», la segunda del «Infierno» y la tercera del «Juicio», con una robusta torre que termina en una bella cúpula octógona. Pero por más que al dar la vuelta á la iglesia se haya convencido uno de que es inmensa, la verdad es que al penetrar en ella se queda maravillado ante tanta grandeza; el ánimo se siente de pronto sobrecogido por un vivo sentimiento de placer, que nace de aquella frescura, de aquella paz, de aquella sombra suave y de una luz misteriosa que penetra por los innumerables ventanales y se quiebra en mil rayos azules, verdes, amarillos, encarnados, que se deslizan como iris celestes, á lo largo de los arcos de las bóvedas y de las columnas.

Forman la iglesia cinco grandes naves separadas por ochenta y ocho enormes pilares, compuesto cada uno de dieciséis columnas unidas y apretadas como un haz de lanzas. Una sexta nave

corta, forma ángulo recto con las cinco primeras, pasando entre el gran altar y el coro; y la bóveda de la nave principal se eleva majestuosamente por sobre las demás, cual si las humillara para pedirles homenaje. La luz prismática y el color claro de la piedra dan á la iglesia como un aspecto de recogida alegría, que suaviza el tono melancólico de la arquitectura gótica, sin quitarle nada de su gravedad austera y meditabunda. Pasar de las calles de esta ciudad á las naves de la catedral, es como pasar de un calabozo á una plaza; uno mira á su alrededor, respira y vive.

Para examinar todos los detalles del altar mayor, se necesitaría más tiempo que para estudiar la iglesia entera. Es una nueva iglesia; un conjunto de columnas, de estatuas, de hojas, se elevan por encima de los arquivadros, serpentean en torno de los nichos, unos sostienen á los otros, se encaraman éstos sobre aquéllos, se ocultan, presentan por todos lados mil perfiles y grupos, escorzos, dorados, colores, adornos de todos géneros, forman un conjunto y un golpe de vista de una magnificencia llena de majestad y de gracia. El coro tiene tres líneas de siales maravillosamente esculpidos por Felipe de Borgoña y Berruguete, con bajo-relieves que representan hechos históricos, alegóricos y sagrados; son tenidos por uno de los más bellos monumentos del mundo. En el centro, en forma de trono, está la silla del arzobispo; alrededor un círculo de grandes columnas de jaspe; á los dos lados enormes facistoles de bronce, sosteniendo misales gigantescos; y dos órganos inmensos, uno enfrente del otro, y de los cuales se creería que va á brotar de un momento á otro un torrente de notas capaces de hacer temblar las bóvedas del templo.

El placer de la admiración, en estas grandes catedrales, se ve casi siempre turbado por importunos «ciceroni», que se empeñan en que disfrutéis á su manera y antojo. Y, por desgracia, os aseguro que los «ciceroni» españoles son los más pertinaces del mundo. Cuando á uno de esos tipos

se le pone entre ceja y ceja que habéis de pasar el día con él, es ya como cosa hecha. Será en balde que les deis la callada por respuesta, que les dejéis charlar sin mirarles siquiera, que os paseéis por vuestra cuenta como si no lo hubierais visto: todo es inútil. En un momento de entusiasmo, ante un cuadro ó una estatua, os escapa una palabra, un gesto, una sonrisa. Pues ya estáis cogidos, ya sois presa de ese inexorable «pieuvre» humano que, como dice Victor Hugo, no deja en paz á su víctima sino cortándole la cabeza.

Mientras contemplaba las estatuas del coro, ví con el rabo del ojo á uno de esos «pieuvres», un vejete de traza lastimosa, que con paso lento se me iba aproximando dando rodeos, como un ladrón, y mirándome con un aire que quería decir:

—¡Caíste en el garlito!

Yo seguí mirando las estatuas; el viejo se acercó á mí y las miró también. Y me preguntó de repente:

—¿Queréis que os acompañe?

—No—le respondí yo;—no lo necesito.

Pero él, sin desconcertarse, añadió:

—¿Sabe usted quién fué Elpidio?

La pregunta era tan singular, que no pude por menos que preguntarle á mi vez:

—¿Quién habéis dicho?

—Elpidio—respondió,—fué el segundo obispo de Toledo.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Que el obispo Elpidio fué quien tuvo la idea de consagrar esta iglesia á la Virgen, y á ello se debió que la Virgen visitara la iglesia.

—¿Y cómo se sabe?

—¿Cómo se sabe? Porque se ve.

Seguramente querréis decir que la vieron.

—Quiero decir que se la ve todavía; tened la bondad de venir conmigo.

Diciendo ésto se puso en marcha, y yo, movido á curiosidad por saber en qué consistía esa prueba visible del descendimiento de la Virgen, le seguí. Nos detuvimos ante una especie de tabernáculo,

junto á uno de los grandes pilares de la nave central. El «cicerone» me mostró una piedra blanca enclavada en el muro, cubierta con una reja de hierro, con esta inscripción alrededor:

Quando la reina del cielo  
Puso los pies en el suelo,  
En esta piedra los puso.

—Entonces—pregunté yo,—¿la santa Virgen ha puesto realmente sus pies en esta piedra?

—Realmente, sobre esta piedra—me respondió el vejete; y pasando su dedo por entre los hierros de la reja, tocó la piedra, besó su dedo, hizo la señal de la cruz, y me hizo una seña que quería decir: «Ahora usted».

—¿Yo?—le dije.—¡Oh! amigo mío, yo no puedo.

—¿Por qué?

—Porque no me siento digno de tocar esa piedra divina.

El «cicerone» me comprendió, y mirándome á la cara muy seriamente, me dijo:

—¿Usted no cree?

Yo miré á un pilar. Entonces el viejo me hizo seña de que le siguiera y se dirigió hacia un ángulo de la iglesia, murmurando: «Cada uno es dueño de su alma». Un monaguillo, que estaba cerca de nosotros y que había adivinado de qué se trataba, lanzóme una mirada penetrante como una flecha y murmurando yo no sé qué, se fué por el lado opuesto.

Las capillas, son lo que deben ser para tal iglesia. Casi todas encierran algún hermoso monumento; en la capilla de Santiago, detrás del altar mayor, se hallan dos magníficas tumbas de alabastro que guardan los restos del condestable Alvaro de Luna y su mujer; en la capilla de San Idefonso, la tumba del cardenal Gil Carrillo de Albornoz; en la capilla de los «Reyes nuevos», las tumbas de Enrique II y Enrique III; en la capilla del «Sagrario», un magnífico circuito de estatuas y bustos de mármol, de plata, marfil y

oro, una colección de cruces y reliquias de inestimable valor, los restos de Santa Leocadia y Santa Eugenia, guardados en dos cajas de plata cincelada, del más delicado trabajo.

La capilla «Muzárabe», que corresponde á la torre de la iglesia, y que fué construída para perpetuar el rito cristiano primitivo, es tal vez la que merece mayor atención. Una de sus paredes se halla completamente cubierta de una pintura al fresco, gótica, representando un combate entre los moros y los habitantes de Toledo, perfectamente conservada hasta en sus más delicadas tintas. Es una pintura que vale por un libro de historia. En ella se ve Toledo tal cual antes era, con todas sus murallas y habitaciones; los campos de los dos ejércitos, las armas, las caras, todo ejecutado de un modo tan acabado y perfecto, y no sé qué belleza en las líneas, que responde perfectamente á la idea vaga y fantástica que nos hemos formado de aquellos siglos y de aquellos pueblos. Otros dos frescos laterales representan los navíos que llevaron los árabes á España, y ofrecen también mil detalles de la marina de la Edad Media, y ese aire del tiempo, si me es dable expresarme así, que hace soñar y ver mil cosas que en los lienzos no están representadas, como una música lejana cuando se mira un paisaje.

Después de las capillas se visita la sacristía, donde se hallan riquezas que bastarían á poner á flote la hacienda de España. Hay, entre otras, una gran sala cuya bóveda está adornada con un fresco de Luca Giordano, que representa una visión del paraíso, con una miriada de ángeles, santos, figuras alegóricas que flotan en el aire ó que se elevan, cual si salieran de la cornisa en mil actitudes atrevidas, y movimientos y giros capaces de haceros perder la cabeza.

El «cicerone», al mostrarme «aquel prodigio de imaginación y de trabajo», que, al decir de todos los artistas y para servirme de una feliz expresión española, es de un «mérito atroz», os ruega que miréis atentamente el rayo de luz que des-

ciende del centro de la bóveda y se quiebra contra la pared. Miráis con efecto, y dáis, mirando, una vuelta alrededor de la sala; en cualquier sitio de la misma que os halléis, os parece que aquel rayo de luz os cae verticalmente sobre la cabeza.

De esta sala pasáis á un cuarto vecino, pintado admirablemente al fresco por el sobrino de Berbrugete, y de éste á un tercero, donde un sacristán expone á vuestros ojos todos los tesoros de la catedral: los enormes candelabros de plata, los copones, resplandecientes de rubies, la custodia, cuajada de diamantes, los ornamentos de damasco bordados de oro, los ropajes de la Virgen, cubiertos de arabescos, flores y estrellas de perlas, que á cada momento os deslumbran con rayos de mil colores, que fatigan la mirada. No basta una hora para ver de pasada todo ese conjunto de tesoros, que bastarían para satisfacer la ambición de diez reinas y á enriquecer los altares de diez basílicas. Cuando el sacristán, después de habérselo mostrado todo busca en vuestros ojos una muestra de admiración, sólo la encuentra de estupor y aturdimiento; vuestra imaginación está lejos; vaga por las regiones fabulosas de las leyendas árabes, en las cuales los genios bienhechores acumulan todas las riquezas soñadas por la ardiente fantasía de un sultán enamorado.

Era la víspera del «Corpus», y en la sacristía se preparaba todo para la procesión. No puede haber nada más desagradable y que menos se avenga con la tranquila y noble majestad de la iglesia, que esos preparativos de comedia en ocasiones semejantes. Diríase que son los bastidores de un teatro el día del ensayo general. De una sala á otra iban y venían los monaguillos, cargados de sobrepellices, estolas y capas pluviales; aquí un sacristán mal humorado abría y cerraba con estrépito las puertas de un armario; allá un cura de rostro colorado llamaba con voz impaciente á un muchacho del coro que no le oía; otros curas atravesaban la sala corriendo, los hábitos mitad

ajustados y mitad arrastrando; unos reían, hablaban otros y otros se comunicaban en voz alta de un cuarto á otro; por todas partes se oía el roce de las sotanas, respiraciones fatigosas, un escándalo, un movimiento imposible de expresar.

Fuí á ver el claustro, y como la puerta de la iglesia que á él conduce estaba abierta, lo ví antes de penetrar en él. Desde el centro de la iglesia se descubre una parte del jardín del claustro, un espeso grupo de árboles, un bosquecillo, una gran masa de rica verdura, que parece cerrar la puerta y mostrarse como encuadrada dentro de un arco elegantísimo, entre dos esbeltas columnas de una mezquita. El claustro es vasto y está rodeado de un pórtico de estilo ligero á la par que severo; las paredes están todas adornadas con grandes pinturas al fresco. El «cicerone» me recomendó que descansara un poco para prepararme á subir al campanario; me apoyé en un pequeño muro, á la sombra de un árbol, y así estuve hasta que me sentí con ánimo de emprender la ascensión. Durante este tiempo, el guía celebraba con frases ampulosas las glorias de Toledo, llegando su impudente patriotismo hasta el extremo de llamar á su ciudad «una gran ciudad comercial», que podía rivalizar con Barcelona y Valencia, y una fortaleza capaz de dejar burlados á diez ejércitos alemanes y á un número indefinido de baterías de cañones Krupp. Yo asentía á sus hablaturías, y buen hombre se despachó á su gusto con un placer infinito. ¡Cómo me reí de aquella tonta vanidad!

Por último, cuando estuvo hinchado de orgullo hasta no haber en el claustro, díjome:

—«Podemos ir»—y se adelantó hacia la puerta del campanario.

Al llegar á la mitad, nos detuvimos para tomar aliento. El «cicerone» llamó á una pequeña puerta, por la cual salió un sacristán que nos abrió otra, y me hizo entrar en un corredor, donde ví una hilera de maniqués muy bien vestidos.

—Cuatro de ellos—me dijo el guía,—representan

tan Europa, Asia, América y Africa, y otros dos, la Ley y la Religión. Están hechos de manera que un hombre puede esconderse debajo y levantarlos del suelo.

—«Se sacan—díjome el sacristán,—en ocasión de las fiestas reales, y los pasean por la ciudad».

Y para mostrarme cómo se hacía, escondióse debajo de las ropas de Asia. Condújome después á un ángulo de la sala, donde había un enorme monstruo. Pero no supo decirme lo que significaba aquella máquina extraña, que al tocarla, no sé por dónde, alargaba el cuello y movía la cabeza, haciendo un ruido infernal; quiso que admirara la maravillosa imaginación española, que «crea tantas cosas nuevas», capaces de sorprender á todos los mundos que navegan por el infinito. Admiré, pagué, y seguí mi ascensión con mi «pieuvre» de Toledo.

Desde lo alto del campanario se goza de un panorama admirable: la ciudad, las montañas, el río, un vasto horizonte, y debajo la inmensa mole de la catedral, que parece una montaña de granito. Pero á poca distancia hay otra elevación desde la cual todo se ve mejor; así, pues, sólo permanecí algunos instantes en el campanario, tanto más cuanto á aquellas horas brillaba un sol ardiente que confundía todos los colores de la ciudad y del campo en un océano de luz.

✽

Al salir de la catedral mi «cicerone» me llevó á ver la famosa iglesia de «San Juan de los Reyes», construida á las orillas del Tajo. Mi cabeza se confunde todavía al recordar las vueltas y rodeos que tuvimos que dar antes de llegar al renombrado templo. Era medio día; las calles estaban desiertas, y á medida que nos apartábamos del centro de la ciudad, la soledad se iba haciendo más triste; no se veía ni una puerta, ni

España—15

una ventana abiertas, ni se oía el más insignificante ruido. Por un momento supuse que mi guía podía estar de acuerdo con algún asesino, para llevarme á un sitio apartado y despojarme de cuanto llevaba encima. Tenía una facha sospechosa, y miraba de un lado para otro, como quien medita un crimen.

—¿Hemos de andar mucho todavía?—le preguntaba á cada instante; y me contestaba siempre:

—Hemos llegado ya.

Pero lo cierto era que no llegábamos nunca.

Al llegar á cierto punto mi inquietud se trocó en espanto; en una callejuela tortuosa se abrió una puerta, aparecieron dos hombres barbudos, saludaron con una seña á mi «pieuvre» y fueron siguiéndonos. Sólo había para mí un medio de salvación: arrimarme un puñetazo al «cicerone», que diera con su cuerpo en tierra, pasar por encima de su cadáver y tomar carrera. ¿Pero por dónde? Y por otra parte me acordaba de los elogios que prodigaba M. Thiers á las «piernas españolas» en su «Histoire de la guerre de l'indépendence», y pensé que la fuga no me proporcionaría más ventaja que recibir las puñaladas en la espalda, en lugar de recibirlas en el pecho. ¡Ay de mí! ¡Morir sin ver Andalucía! ¡Morir después de haber hecho tantos preparativos! ¡Después de haber dado tantas propinas! ¡Morir con los bolsillos llenos de cartas de recomendación, con un portamonedas lleno de doblones, con un pasaporte lleno de firmas! ¡Morir traidoramente! Pero Dios no lo quiso. Al doblar la primera esquina, los dos barbudos desaparecieron y me vi en salvo. Entonces, tocado de arrepentimiento por haber supuesto á aquel pobre viejo capaz de un crimen, pasé á su izquierda, le ofrecí un cigarrillo, y le dije que Toledo valía dos veces más que Roma, y otras mil finezas. Por fin llegamos á «San Juan de los Reyes».

Es una iglesia que tiene todo el aspecto de un palacio real. La parte más alta su halla cubierta por una terraza, rodeada de un parapeto tallado

y esculpido, sobre la cual se eleva una línea de estatuas de reyes; y en medio se levanta una hermosa cúpula exagonal que completa armoniosamente el edificio. De las paredes penden largas cadenas de hierro, que fueron quitadas á los cristianos prisioneros después de la conquista de Granada y que dan á la iglesia, con el color sombrío de la piedra, un aspecto severo y pintoresco. Entramos y atravesamos dos ó tres salas desnudas y sin baldosas, sembradas de montones de tierra y de ruinas: subimos por una escalera y nos encontramos sobre una alta tribuna, en el interior, de la iglesia, que es uno de los más bellos y distinguidos monumentos del arte gótico. Es una nave grandiosa, dividida por cuatro bóvedas cuyos arcos se cruzan formando ricos rosetones. Los pilares se hallan cubiertos de guirnaldas y arabescos; los muros adornados con profusión de bajo-relieves, con enormes escudos de Aragón y Castilla, águilas, cimbras, animales heráldicos, follajes é inscripciones emblemáticas; la tribuna, esculpida con rica elegancia, da la vuelta á la iglesia, y el coro se halla sostenido por un atrevido arco. El color de la piedra es gris pálido y todo se halla acabado é intacto, como si la iglesia hubiese sido construída recientemente, en lugar de haberlo sido á últimos del siglo xv.

De la iglesia bajamos al claustro, que es una verdadera maravilla de escultura y arquitectura. Columnas esbeltas y elegantes, que podrían quebrarse de un solo martillazo, parecidas á troncos de arbustos, sostienen capiteles sobrecargados de estatuas y adornos, de donde se destacan, como ramas inclinadas, arcos adornados con flores, pájaros y animales grotescos.

Las paredes se hallan cubiertas de inscripciones en caracteres góticos, confundidas con follajes y arabescos de una gran delicadeza. A cualquier parte que uno mire, halla la gracia y la riqueza reunidas con una armonía que encanta; no podría pintarse en más reducido espacio, con un arte más exquisito mayor abundancia de cosas ricas

y hermosas. Es un frondoso jardín de esculturas, es una gran sala adornada de bordaduras, de encajes y tapicerías de mármol, un gran monumento majestuoso como un templo, magnífico como un palacio de reyes, delicado como una joya, gracioso como un ramo de flores.

Después del claustro, puede verse un museo de pinturas que sólo contiene cuadros de escaso valor; luego el convento con sus largos corredores, sus escaleras estrechas, sus celdas vacías, pronto á arruinarse en algunos puntos y en otros arruinado ya, y todo desierto y triste como un edificio in-cendiado.

\*

No lejos de «San Juan de los Reyes» hay otro monumento digno de ser visto: un curioso resto de la época judaica, la sinagoga llamada hoy «Santa María la Blanca».

Entráis en un jardín inculto y llamáis á la puerta de una casa de aspecto miserable; la puerta se abre... Es un sentimiento de extrañeza, una visión oriental, la revelación imprevista de otra religión y de otro mundo. Se ven cinco naves estrechas, separadas por cuatro hileras de pilares octógonos, que sostienen otros tantos arcos turcos apoyados sobre capiteles estucados, de distintas formas; el techo es de madera de cedro, dividido en secciones iguales. Por todas partes arabescos e inscripciones árabes: la luz cenital; todo es allí blanco. La sinagoga fué transformada en mezquita por los árabes; la mezquita convertida en iglesia por los cristianos, de manera que no es ninguna de las tres cosas. Pero guarda en todas partes su carácter de mezquita; la mirada vaga por allí con indecible placer y la imaginación sigue de arcada en arcada las fugitivas imágenes de un voluptuoso paraíso.

Vista «Santa María la Blanca», no me sentí con fuerzas para ver nada más; y rehusando todas las tentadoras proposiciones del «cicerone», le pedí

que me guiara á la fonda. A ella llegamos después de un largo viaje á través de un laberinto de callejuelas solitarias. Puse una «peseta y media» en la mano de mi inocente asesino, que encontró la suma mezquina, y me pidió todavía (me río de la palabra) una pequeña gratificación: entré en el comedor para devorar una «chuleta».

\*

Por la tarde fui á ver el Alcázar. El nombre hace esperar un palacio árabe; pero, de tal, sólo le queda el nombre; el edificio que hoy se admira fue construído bajo el reinado de Carlos V, sobre las ruinas de un castillo que existía allí desde el siglo VIII, del cual sólo se encuentran vagas referencias en las crónicas de aquel tiempo. Este edificio se eleva en una altura que domina la ciudad, de suerte que se ven sus muros y sus torres de todos los puntos algo descubiertos de las calles, y puede servir al extranjero para no perderse en aquel laberinto. Yo gané la altura por una muy larga senda que serpentea como la que desde abajo conduce á la ciudad, y me encontré á la puerta del Alcázar. Es un inmenso edificio cuadrado, en cuyos ángulos se levantan cuatro gruesas torres que le dan un aspecto formidable de fortaleza. Delante de la fachada se extiende una vasta plaza y alrededor una cadena de bastiones almenados á la manera oriental. Todo el edificio es de un vigoroso tono calcáreo, de mil variados matices, debido al pincel de ese poderoso pintor de monumentos, el sol tórrido del Mediodía, y que resalta con más vigor por la nitidez del cielo, sobre el cual destacan los majestuosos contornos de las murallas. La fachada está llena de arabescos, con un gusto lleno de distinción y elegancia. El interior del palacio responde al exterior: tiene un ancho patio, rodeado de dos órdenes de graciosas arcadas sobrepuestas, sostenidas por ligeras columnas, con una monumental escalera de mármol, que se eleva frente á la

puerta y se divide á poca distancia del suelo en dos partes que se desvían, la una por la derecha y la otra por la izquierda, hasta el interior del palacio. Para juzgar mejor de la belleza de éste es necesario colocarse en la bifurcación de la escalera; desde allí se domina con la mirada toda la armonía del edificio, que os causa una sensación de placer, como os lo produciría un gran concierto, cuyos músicos estuvieran dispersos y escondidos.

A excepción del patio, las demás partes del edificio, las escaleras, las cámaras, los corredores, todo se agrieta ó está ruinoso. Se trabaja hoy día para convertir el palacio en escuela militar; blanquean las paredes, levantan tabiques para hacer grandes dormitorios, numeran las puertas y se cambia el palacio en cuartel. Lo que resta intacto son los grandes subterráneos que servían de caballerizas en tiempo de Carlos V, y que pueden contener todavía muchos miles de caballos; el guía me hizo mirar por una guardilla, desde donde ví un abismo. Subimos después á una de las cuatro torres por una serie de escaleras poco sólidas; el guarda abrió con unas tenazas y un martillo una ventana cerrada y me dijo con la expresión de quien va á mostrar una maravilla:

—¡Mire usted!

Es un panorama inmenso. La ciudad de Toledo se ve á vista de pájaro, calle por calle, casa por casa, como se vería su plano extendido sobre una mesa; aquí la catedral, que se eleva por encima de la ciudad como una ciudadela desmesurada, y hace que parezcan todos los edificios que la rodean, casas juguetes de niños; allá la terraza rodeada de estatuas de San Juan de los Reyes; por otro lado las torres almenadas de la Puerta Nueva; la Plaza de toros; el Tajo, que corre á los pies de la ciudad entre dos riberas de piedras; más allá del río, fuera del puente de Alcántara, sobre un peñasco escarpado, las ruinas de la antigua fortaleza de «San Servando»; más lejos una vasta llanura, y más allá rocas, colinas y mon-

tes, hasta perderse de vista, y encima un cielo puro y el sol poniente que dora las cumbres de los viejos edificios y hace brillar el río como una inmensa cinta de plata.

Mientras contemplaba este magnífico espectáculo, el guarda, que había leído la historia de Toledo y que quería demostrármelo, me contó todo género de anécdotas con ese lenguaje medio poético y medio fastidioso que es peculiar de los españoles del Mediodía. Ante todo, quiso darme á conocer la historia de los trabajos de la fortificación, y como no viera nada donde él me decía verse distintamente algo, me resigné á no entender ni una palabra.

Me dijo que Toledo había sido tres veces fortificada, y que se veían todavía los vestigios de las tres fortificaciones.

—Mirad—me decía;—seguid la línea que describe mi dedo: aquella es la fortificación romana, la más estrecha y de la cual se ven los restos todavía. Mirad ahora más lejos: aquella de allá, más vasta, es la fortificación goda. Ahora seguid con la mirada una curva que abarque las dos primeras: ésta es la fortificación árabe, la más reciente. Pero los árabes levantaron una pequeña muralla sobre las ruinas de la fortificación romana; la veréis fácilmente. Observad ahora la dirección de las calles que convergen en el punto más elevado de la ciudad: veréis que todas las calles suben en zig-zag; se construyeron así expresamente para la defensa de la ciudad, aun después que se hubiesen perdido las murallas, y se han construído las casas unas junto á otras para poder saltar de techo en techo. Esto está á la vista; además los árabes lo dejaron por escrito. Así, pues, me hacen reír los señoritos de Madrid, que vienen aquí y exclaman: «¡Qué calles!» Se ve que no saben una palabra de historia, porque por poco que supieran, si leyeran, en vez de pasar el día en el Prado ó en Recoletos, comprenderían que las calles de Toledo tienen su razón

de ser y que Toledo no es una ciudad para los ignorantes.

Yo me eché á reír.

—Y ¿usted no lo cree?—prosiguió el guarda.—Pues es un hecho evidente. No hace más allá de una semana, para citaros un hecho, que vino aquí un caballero de Madrid con su mujer. Ya al subir la escalera habían dicho algo de la ciudad, de las calles estrechas y de las casas negras. Cuando miraron por esa ventana y vieron esas dos viejas torres, allá abajo, en la llanura, sobre la orilla izquierda del Tajo, me preguntaron qué era aquello, y yo le contesté: «Los palacios de Galiana».—¡Oh, qué hermosos palacios!—exclamaron ellos, y se echaron á reír y miraron á otro lado. ¿Por qué? Porque no saben historia. Sin duda que tampoco usted la sabrá, pero usted es extranjero y es muy distinto. Sepa, pues, que el gran emperador Carlomagno vino á Toledo cuando era joven todavía. El rey Galofro reinaba entonces y habitaba en aquel palacio. Galofro tenía una hija que se llamaba Galiana, hermosa como un ángel; y como Carlomagno fué huésped del rey y veía todos los días á la princesa, se enamoró de ella con toda su alma y ella de él.

Pero tenía un rival, y era éste el rey Guadaluara, un moro gigantesco, de una fuerza de Hércules y de un valor de león. Este rey, por ver á la princesa sin ser visto, hizo construir una gruta subterránea que iba nada menos que desde la ciudad de Guadalajara hasta los fundamentos del palacio. Pero lo bueno del caso era que la princesa no podía verle ni en pintura, y cuantas veces él llegaba, le mandaba ella á paseo. El rey enamorado no se desanimaba por esto, y tantas y tantas vueltas dió á su alrededor, que Carlomagno, que como se comprende fácilmente, no era hombre que se dejara imponer de nadie, perdió la paciencia y por último le desafió. Se batieron; la lucha fué terrible, pero el moro quedó vencido, por más que fuera un gigante. Una vez muerto, Carlomagno le cortó la cabeza, que depositó

á los pies de su amada; ella agradeció la delicadeza de la ofrenda, se hizo cristiana, se casó con el príncipe y partió con él para Francia, donde fué proclamada emperatriz.

—¿Y la cabeza del moro?

—Usted se ríe; pero éstos son los hechos indudables. ¿Ve usted allá abajo, en el punto más elevado de la ciudad, ese viejo edificio? Es la iglesia de «San Ginés». ¿Sabe usted lo que hay dentro? Nada menos que las puertas de un subterráneo que se extiende á tres leguas de Toledo. ¿No lo cree usted? Escuche, pues. En el lugar donde se eleva ahora la iglesia de «San Ginés» había, antes de que los moros invadiesen la España, un palacio encantado. Ningún rey había tenido nunca el valor de penetrar en él, y los que tal vez se hubieran sentido con ánimo para ello no entraron tampoco, porque, según la tradición, el primero que lo verificara causaría la pérdida de España. Por fin, el rey Rodrigo, antes de partir para la batalla de Guadalete, esperando hallar allí dentro tesoros que le proporcionasen el medio de rechazar la invasión árabe, hizo derrumbar la puerta, y precedido de los guerreros que le franquearon la entrada, penetró en el subterráneo. Con mucha pena, combatidas las antorchas por el viento furioso que soplabá en aquellos conductos subterráneos, llegaron á una cámara misteriosa, donde hallaron un cofre sobre el cual había escritas estas palabras: «El que me abra verá maravillas». El rey ordenó que lo abrieran, y así se hizo después de esfuerzos inauditos; pero en vez de oro y diamantes, sólo se encontró una tela arrollada, con esta inscripción: «España será bien pronto destruída por estos». Aquella misma noche estalló una violenta tempestad, el palacio encantado quedó hecho un montón de ruínas y poco tiempo después los árabes entraron en España. ¡Páreceme que usted no lo cree!

—¿Qué dice usted? ¡Pues no he de creerlo!

—Pero esta historia va unida á otra. Usted sabe sin duda alguna que el conde Julián, comandante

de la fortaleza de Ceuta, hizo traición á España, dejando pasar á los árabes, á quienes hubiera podido cerrar el camino. Pero lo que usted no sabe seguramente, es el motivo de la traición. El conde Julián tenía una hija en Toledo, la cual iba todos los días á bañarse en el Tajo, con otras jóvenes, amigas suyas. Quiso la desgracia que el sitio donde se bañaba, y que se conoce hoy día por «Los baños de la Cava», estuviera junto á una torre á la cual el rey Rodrigo iba á pasar las horas ardientes del día. Una vez, la hija del conde Julián, que se llamaba Florinda, fatigada de jugar en el agua, se sentó á la orilla y dijo á sus amigas: —¿Vamos á ver cuál de nosotras tiene la pierna más bonita?— ¡Vamos á verlo!— contestaron ellas; y dicho y hecho, se sentaron todas en torno de Florinda, mostrando cada una sus bellezas. Pero Florinda ganó á todas; y desgraciadamente, en el momento preciso en que decía á sus amigas: «¡Mirad!» el rey Rodrigo miraba también, escondido tras de una ventana. Joven y libertino, naturalmente, se encendió como un fósforo, hizo el amor á la bella Florinda, la sedujo, y después la abandonó; y de ahí vino el furor vengativo del conde Julián y de ahí nacieron la traición y la invasión.

Al llegar aquí comprendí que tal vez había escuchado demasiado tiempo; dile al guarda dos reales, que se metió en el bolsillo con un gesto lleno de dignidad, y dando á Toledo una última mirada, baje de la torre.

Aquella era la hora del paseo: la calle principal, ancha apenas para que por ella pudiera pasar un coche, estaba llena de gente; hallábanse tal vez allí unas cien personas, pero producían el efecto de una muchedumbre; la noche se venía encima, se iban cerrando las tiendas, y alguna luz empezaba á brillar acá y acullá. Fui á comer, y salí en seguida por no perder el espectáculo del paseo.

Era ya de noche; no había más claridad que la de la luna y no se veía la cara de las personas.

Me pareció que me paseaba entre una procesión de espectros y fui presa de melancolía.

—Pensar que estoy solo— me decía,— que en toda la ciudad no hay un alma que me conozca, que si muriera aquí repentinamente no habría un perro que dijera:— ¡Pobre muchacho, era un buen chico!— Ví pasar jóvenes alegres, padres de familia con sus hijos, novios, ó que lo parecían por el aspecto, con una hermosa joven del brazo; todos iban en compañía, hablaban, reían y se paseaban sin dedicarme una mirada. ¡Qué triste me sentía! ¡Y cuán dichoso hubiera sido si un muchacho, un pobre, un agente de policía me hubiera dicho:— ¡Caballero, me parece que conozco á usted!— Pero es imposible, soy extranjero, nunca había estado en Toledo, no puedo hablar con nadie: ¡estoy solo!

Pero recordé en aquel entonces que en Madrid, me habían dado una carta para un vecino de Toledo; corrí á la fonda, cogí la carta y volé á casa del vecino. En ella se hallaba y me recibió muy cortésmente. Al oírle pronunciar mi nombre, me asaltó tal alegría, que de muy buena gana le hubiera dado un abrazo. Era don Antonio Gamero, autor de una historia de Toledo muy apreciada. Pasamos la noche juntos; le pregunté cien cosas á la vez, díjome él mil, me leyó algunas hermosas páginas de su libro que me hicieron conocer á Toledo mejor que la hubiera conocido en un mes de permanecer en ella.

La ciudad es pobre, y más pobre, muerta: los ricos la han abandonado para ir á vivir en Madrid, y los hombres de talento han seguido á los ricos. No hay comercio alguno; la industria de lanas, única de la ciudad, sostiene á algunos centenares de familias, pero no basta; la instrucción popular se halla descuidada, y el pueblo es indolente y miserable. Pero no ha perdido su antiguo carácter. Como todos los pueblos de una ciudad célebre caída, el pueblo de Toledo es noble y caballeresco: aborrece las acciones bajas; cuando puede, hace justicia por su propia mano, castigando á los